

EL RETRATO DEL RETRATO

La arquitectura como la fotografía, en la medida en que son registros concretos de la acción humana, tienen la cualidad de atrapar con su materialidad, ese preciso instante de la historia de la que son productos.

De este modo, tanto la arquitectura culta como la arquitectura popular, son capaces de recoger ese conjunto de energías que se despliegan bajo ciertas condiciones materiales y espirituales, que determina la forma que en el espacio toman las necesidades y las ideas del momento.

El Espíritu de la Epoca en que la Obra se construye, le imprimen a ese acto creativo una impronta, que se retrata como imagen real en la arquitectura.

Visto de este modo la ciudad es entonces, entre otras cosas una suerte de gran collage tridimensional, armado con los distintos retratos a escala natural de las obras, y por lo mismo es un escenario de la historia, construido en un lugar geográfico determinado —que también le imprimen su sello— y por una cultura definida.

La ciudad de Florencia por ejemplo con el Duomo de su iglesia que ordena el paisaje, del mismo modo que lo hacen las Iglesias en los poblados chilotes, no es otra cosa que un gran retrato de la época floresciente de los Médicis, esa que vió a Leonardo, Rafael y Miguel Angel cruzar el puente Vecchio, construido sobre el Arno.

Así también la ciudad del Cuzco retrata el mestizaje propio de la conquista de América, esa que montó sus monasterios virreynales sobre los templos construidos por los incas para adorar al Dios sol.

La ciudad de Castro que retrató Provoste en la década del 30 está marcada por el sello inconfundible del Neoclásico de la República, que aporta la colonización alemana del sur de Chile y por el tráfico naviero, la que se expresa en las casonas de madera y en la apropiación del bordemar de la ciudad mediante grandes construcciones sobre pilotes.

Años más tarde su cámara registraría un bauhaus de hormigón y provinciano, posterior al gran incendio del 36 que retrata tal vez los primeros símbolos de modernidad y progreso que comienzan a surgir en Chiloé en la época del ferrocarril.

Las fotografías actuales de la ciudad de Castro nos revelan su condición de ser un poblado histórico en la

periferia, en ella coexisten las poblaciones bordemarinas, sobre pilotes propios de la arquitectura popular junto con edificios en altura de hormigón diseñados para Santiago de Chile, que son claro reflejo de los nuevos vientos que soplan en Chiloé. Castro, ciudad en cuyos mercados todavía se usa el trueque como forma de intercambio, mientras que las grandes operaciones financieras utilizan sistemas telefónicos de discado directo, telefas y redes nacionales de computación bancaria.

Esto significa que la ciudad de Castro está atravesada por las tensiones de la historia, lo que implica ser cruce de tramas, centro de contradicciones y vórtice de todos los vientos del tiempo.

Durante estos últimos años hemos sostenido la tesis de que Chiloé está en el ojo de un volcán por cuanto en él se encuentran dos tramas culturales en competencia, una Rural-arcaica y otra Urbano-moderna; y una tercera en gestación. Es en los poblados históricos donde los encuentros y desencuentros entre las tramas se materializan en el espacio como forma arquitectónica:

Hacer arquitectura hoy en Castro, centro del ojo del volcán implica la necesidad de asumir desde adentro nuestra condición de periferia y mestizaje, de la que esta ciudad es producto, lo que significa también reconocer las tensiones que le imponen sus dos tramas, y la forma de incidir en la tercera. De manera que la madera y el emplazamiento bordemarino continúan siendo soportes arcaicos de una nueva modernidad capaz de ser registrada y propuesta también desde la arquitectura.

Solo así el retrato futuro de nuestra ciudad podrá llegar a ser la imagen de nosotros mismos, esto no es otra cosa, que el sueño de no seguir siendo, la caricatura impuesta por intereses históricos ajenos a nuestra realidad.


Edward Rojas
Arquitecto

MADE
IN
CHILE